FIN DE AÑO

Jorge Torres

Capítulo 1

FIN DE AÑO

En esta oportunidad me prepare como corresponde para soportar el improperio de las llamadas fiestas, ese arrebato de estrepitosa felicidad convertida en insoportable batifondo no me alcanzaría. Esas manifestaciones acústicas, impertinencias sonoras que desde la calle lograban desarmonizar mi incipiente paz interior a la hora de los brindis de fin de año no lograrían este año su cometido en mí.

Para ello estuve preparándome buena parte del año, con todo lo necesario para contrarrestar ese escándalo invasivo que en mi solía causar una des armonización que se manifestaba justo a las doce de la noche de todos los treinta y uno de Diciembre con la irrupción del primer petardo, para ser mas preciso ya minutos antes de tan indeseado suceso, yo ya estaba experimentando algunas transformaciones en mi cuerpo que se manifestaban por sudoraciones frías, agitación, respiración entrecortada y alguna que otra desdichada flatulencia. Si bien la sensación no era para nada agradable, me ocupaba distrayéndome tratando de asegurarme que en mi pajarera reinara la paz, pobres avecitas canoras, amantes de las finas armonías, con que horrorosas notas musicales compararían las explosiones mundanas, las perturbarían en gran forma si no fuera por mi piadosa intervención. Al caer la tarde ya había incluido en el agua de la pajarera una pequeña dosis de cloroformo para que mis avecitas descansaran en un sopor tal que no escucharan la alegría de los hombres expresadas en estruendos ampulosos, una vez que el efecto de dicha medicación se hacia notar en el interior de la pajarera, solo restaba tomar una a una las aves suavemente en mis manos e introducirles de manera delicada un pequeño hisopo de algodón, en cada una de sus cavidades auditivas o al menos lo que yo presumía que eran sus cavidades auditivas, dado mis escasos conocimientos en veterinaria. Se las veía muy confortables, desparramadas a mis aves por el piso de la pajera luciendo dos palitos a modo de antenitas que le salían de las orejitas o más bien de la cabeza a la altura donde deberían estar las cavidades auditivas.

En mi pecera de peces tropicales obviamente también tenia que intervenir, no podía dejar librados a su suerte a mi colección de coloridos peces. Tengamos en cuenta que las ondas sonoras de los cohetes se propagan también, divulgándose en un medio acuoso como bien puede ser el líquido que contiene una pecera, perturbando la paz de mi acuario.

Con solo mirar la mirada de cualquier pez después que un petardo ha estallado, uno adivina inmediatamente lo que esta ocurriendo en el interior del azorado pez. Entonces que mas queda, obviamente cambiar al mundo es una tarea totalmente sin sentido, ya me he dado cuenta. He salido por años, anticipándome a las fiestas, por las calles de mi barrio suplicándoles a mis vecinos que no arrojaran petardos ni fuegos de artificios, pero la respuesta es la de siempre. ”Si, quédese tranquilo. Descanse buen hombre que trataremos de ser prudentes a la hora de festejar.”Por detrás no solo podía presentir sus sórdidos comentarios, sino que la palabra “loco”, me era perfectamente audible por mis sensibles y quisquillosos oídos.

Es por estos motivos que deje desde hace años de pedir esa clemencia sonora, que deseaba que la comunidad tuviera conmigo como mero gesto de convivencia y pase directamente a protegerme y a proteger a las criaturas que viven bajo mi amparo.

Se va aproximando ya el catastrófico horario en el cual el desastre se manifiesta, solo me resta retirar delicadamente los peces de la pecera, uno por uno con la correspondiente red de fino tul que no daña sus mucosos cuerpecitos e introducirlos en el interior de mi refrigerador para que la baja temperatura los induzca de a poco en un sueño que les permita pasar las fiestas sin sobresaltos.

Ya tengo todo bajo control, solo me queda introducirme en mi habitación totalmente aislada acústicamente con una doble protección de capas de telgopor de alta densidad, separadas entre si por una lamina de plomo, que hace imposible que en ese diminuto habitáculo, paraíso sonoro si se quiere, penetre ruido alguno.

El único inconveniente es que nadie puede felicitarme para ese alegre minuto en que el año cambia de número, pero tampoco podrían hacerlo ya que no soy afecto al uso de celulares ya que sus ruidos me resultan desagradables e impertinentes. También es difícil el hecho de poder saludarme en persona pues obviamente estoy recluido en mi bunker anti ruidos, además de no contar entre mis relaciones con parientes ni amigos pues en verdad no soporto esa especie de parloteo absurdo que emite el ser humano a la hora de querer comunicarse.

Bien, discúlpenme pero los tengo que dejar, es que se va acercando la hora de los festejos y debo encerrarme. Pero me cacho en dio…¿Dónde esta mi perro? Todos los años me hace lo mismo este animalito de Dios.

¡Que inteligencia tiene! Como percibe que se aproxima la hora en que yo le propino los cuidados para que reciba mejor el año… ¡Que orgulloso, que es! Ya hace dos años que antes de someterse a la serie de recaudos que yo solía tomar con el para que no sufriera con el ruido festivo, prefiere arrojarse desde el balcón de mi departamento, no importándole

demasiado el hecho de que nos encontremos viviendo en un séptimo piso.

Pobre, es conmovedor verlo casi reptar hacia el balcón, con sus cuatro patitas fracturadas, consecuencia de haberse arrojado del mismo en años anteriores y sus orejitas aun carcomidas por el acido muriático que le introdujese en sus oiditos para que no sufriera de ruidos molestos apenas llegado a mi hogar, en un fin de año. En el que ya no recuerdo su número.

Jorge D. Torres

1-1-2019